

Páginas Ilustradas

Año I

Propietarios: Calderón Hermanos

N.º 18

DIRECTOR, Próspero Calderón



Señorita Marina Chacón

(De Acajuela)

San José, Costa Rica.—América Central.—15 de Mayo de 1904.

CERTAMEN

Por considerar de importancia el asunto, y como medio eficaz para saber hacia cuáles de nuestros estadistas refluyen las simpatías populares, PÁGINAS ILUSTRADAS abre un concurso para determinar cuál es el hombre público más popular de Costa Rica, en la actualidad.

El certamen se verificará en las siguientes condiciones:

1.^a Todos los ejemplares de PÁGINAS ILUSTRADAS correspondientes a los meses de Marzo, Abril y Mayo del presente año; irán acompañados de una boleta numerada y sellada, en la cual deberán consignarse el nombre de la persona agraciada con el voto, el lugar de procedencia y el nombre del votante.

2.^a Podrán emitir su voto todas las personas mayores de 18 años, advirtiéndose que cada una de ellas no podrá votar más de una vez.

3.^a Para poder conseguir el objeto de la primera condición de las dos inmediatamente anteriores, los señores miembros de la comisión encargada de verificar los escrutinios, procurarán, en la medida de lo posible, conocer la autenticidad de las firmas, ó á las personas que las consignen como votantes, en lo que á esta capital se refiere; y en las poblaciones en donde esta Revista tiene agentes, éstos se encargarán de recibir solicitudes y de hacer, hasta donde les sea dado, que se cumplan los requisitos de la mencionada condición; quedando ellos, á la vez, recomendados para recibir y enviar á la Administración de PÁGINAS ILUSTRADAS todas las boletas que en debida forma les sean presentadas.

En las localidades en donde no hay agentes, esta empresa tendrá cuidado de nombrarlos á la mayor brevedad posible.

4.^a La comisión escrutadora queda facultada para anular los votos que no llenen los requisitos apuntados en estas condiciones.

5.^a Todas las personas que no sean suscriptoras y que quieran emitir su voto en este concurso, deberán solicitar, por un mes lo menos, la suscripción á PÁGINAS ILUSTRADAS, ya dirigiéndose á la Administración, situada en la Ave. Central, Este, n.º 325, al apartado de Correos, n.º 453, en esta capital, ó á los señores agentes en las poblaciones en donde los hay, y quienes comunicarán las solicitudes á dicha administración para poder atender los pedidos correspondientes á su debido tiempo.

6.^a Como cada suscriptor, por mes, tendrá derecho á cuatro cupones, los tres restantes podrá obsequiarlos á las amigas ó amigos, que simpatizen con su candidato.

7.^a Las solicitudes deberán hacerse, tanto en esta capital como en provincias, antes de las fechas que se indicarán enseguida y las mismas en que se verificarán los escrutinios.

8.^a Los días quince y último de cada mes, de los tres señalados en la 1.^a condición á las 6 p. m., se hará por la comisión respectiva, un escrutinio parcial, y el resultado se publicará en el n.º siguiente de PÁGINAS ILUSTRADAS.

9.^a Esta Revista publicará, si puede obtenerlos, los retratos y biografías de las 5 personas que hayan obtenido el mayor número de votos.

10.^a El día último de mayo citado y á la hora antes dicha, se verificará el escrutinio final, en el que se tendrán á la vista todas las boletas para su recuento; y el resultado será consignado en una acta especial, suscrita por los señores escrutadores.

11.^a El total de los votos recibidos en la Administración, y los retratos y biografías, de las personas favorecidas con el mayor número de votos, serán publicados en esta Revista en una de las ediciones del mes de junio siguiente.

12.^a Todas las boletas recibidas en la Administración de PÁGINAS ILUSTRADAS serán en ella conservadas para el comprobante respectivo.

Los señores General don Rafael Villegas, doctor don Roberto Fonseca Calvo, don Guillermo Vargas y don Manuel Vicente Blanco han tenido la bondad de aceptar el cargo de escrutadores en el presente concurso.

San José' 14 de Febrero de 1904.

Bocetos Raros

Lydia

Por Ramón Zelaya

Vana y pueril se muestra la fantasía de algunos letrados, que malgastan laudables esfuerzos en la invención arbitraria de personajes raros y acontecimientos extraños, en un flujo de originalidad sin alas ó de exquisitez alrevesada.

La Naturaleza ofrece con una prodigalidad materna tipos más extraordinarios que todos los que pueda concebir la inventiva de los hombres; matices vaporosos más delicados que aquellos que aspire á combinar el nervioso pincel de los pintores; y notas más sublimes é imágenes más altas, que todas las gloriosas vibraciones que puedan arrancar los artistas á su lira en una noche de inspirado insomnio!

¿A qué, pues, inventar princesitas de paso breve que se desmayan sin motivo en los brazos de un amante? Condesitas rubias é ingenuas que interrogan—sin gracia—á la luna y las estrellas sobre las dolencias de su corazón?

Todo eso existe en el mundo al natural; y todo cuanto se necesita es ir á buscar y ver cada cosa en donde está. Pues tal es el sentido del famoso concepto del sonoro Chateaubriand, quien afirma que todo el que no ha viajado, ignora la mitad de la Vida.

Por lo demás, rindamos homenaje fervoroso á los arranques desparvoridos, —cualesquiera que ellos sean,—de esa águila dominadora de los espacios que se llama la Inteligencia humana!



El dos de setiembre de aquel año lo había celebrado Berlín con festejos más grandes y regocijos más pomposos que los acostumbrados, por orden expresa de Guillermo II, emperador á la mirada imperiosa.

Un incidente de frontera había motivado la orden.

Dos meses antes, las avanzadas militares de Francia y de Alemania se habían confundido amigablemente en una importante ceremonia de exhumación de unos restos mortuorios, cenizas preciosas de combatientes galos del año 70. Al terminarse la ceremonia y al despedirse los jefes en la línea fronteriza, el general de Négrier, brioso inspector general del ejército de Francia, se había permitido decir á los alemanes con mucha arrogancia: «*Au revoir, messieurs!*», en vez de servirse de la expresión más llana y sin doble sentido de: «*Adieu!*»

El Emperador había visto en aquellas palabras casi una provocación, y dispuso celebrar aquel dos de Setiembre, aniversario de Sedán, con más ruido y mayor aparato que los años anteriores.

A las seis de la mañana, en los alrededores de la capital, había pasado una brillante revista militar de cien mil combatientes de todas armas. Las tropas más arrogantes del Imperio habían desfilado, marciales y cadenciosas, ante el soberano sajón y su Estado Mayor. Durante el día y parte de la noche, las calles de Berlín habían sido alegradas por las fanfarrias musicales, las voces de mando, las contramarchas sonoras de los regimientos en viaje hacia los puntos estratégicos respectivos. De cuando en cuando, la multitud prorrumplía en aplausos frenéticos, en loor á la fiera actitud de la Guardia Imperial, ó de algún regimiento fogoso de húsares ó de coraceros.

Por la noche, el Canciller del Imperio dió una brillante recepción, dedicada al Cuerpo Diplomático, en su hotel de la calle de Guillermo (Wilhelm-

strasse). Allí estaban el Emperador, la Emperatriz, los grandes dignatarios de la Corte, los generales comandantes de los cuerpos de ejército pasados en revista aquel día, los jefes veteranos de la guerra de 1870, etc.

Pocas ceremonias, en verdad, dan mejor idea de la soberbia de la fuerza humana, como esas grandes paradas de que Guillermo II conserva el secreto!

En uno de los salones más retirados del palacio del Canciller alemán, huyendo quizá del bullicio imperial, aquella noche de setiembre, una joven pareja danzaba despacio, sin prestar atención al compás de la orquesta, como absorbida en un diálogo interesante.

Era ella una rubia de dieciocho años, reflejo admirable de la legendaria belleza de la reina Luísa de Prusia. Ojos ovales de un azul puro de cielo tropical, simbolizaban la esperanza del sol que debía calentar aquella alma. Una boquita pequeña tan diminuta, que hubiera sido imposible besarla por algún lado, sin comprenderla toda entera en el beso.

El joven era un estudiante extranjero, que seguía los cursos libres de una escuela militar.

Después de las primeras vueltas del valse, la niña, con una voz excepcionalmente dulce, preguntó á su compañero:

—Ud. es noble, verdad?

Semejante pregunta sorprendió de tal manera al aludido—ciudadano de una democracia—que le entró la tentación de una mentira, y replicó:

—Sí, señorita, soy noble.

—Ah!, exclamó ella; á mí se me había puesto!—

—¿De veras?

—Sí, desde que lo ví.—¿Cómo se llama usted?

—Mi nombre es Roberto.—

—Bonito nombre; pero Roberto de qué?

—Eso no se lo digo, porque mi apellido es muy difícil de pronunciar.—

Y, después de una pausa, el joven agregó:

—¿Me permitirá Ud. ahora preguntarle por sus calidades?

—Yo me llamo Lydia, baronesa von Elsner, contestó ella de seguida, hija de Federico Carlos von Elsner, Coronel de los *Húsares de la Muerte*, difunto desde hace cinco años. Era mi padre un hombre alto, como Ud., y muy violento. Cuando se enojaba en casa, tenía la costumbre de levantar la pierna derecha y de dar un espolazo en el centro de la mesa, la cual dividía casi siempre en dos partes; aunque muchas veces era la espuela más bien la que se quebraba en pedazos.

—Antes de venir á Alemania, no conocía yo ese regimiento de Húsares de la Muerte, que me parece muy interesante, repuso el joven.

—Mi padre repetía á menudo, como una lección, la historia de ese cuerpo.—Y decía: El Duque Carlos—Guillermo—Fernando de Brunswick fué un tanto desgraciado en la existencia.—En 1792 firmó, contra su voluntad, el Manifiesto de Coblenz á la nación francesa, redactado por el marqués del Linón y aprobado por el Emperador de Austria y el Rey de Prusia.—Ese Manifiesto lo llevó á una derrota.—En 1806, á la edad de setenta y un años, hubo de tomar el mando de generalísimo de las fuerzas prusianas contra Napoleón.—Ese mando lo llevó á la muerte.—Cuando, herido en Auerstaedt por las balas de Davout, el Duque de Brunswick murió en Altona, su hijo Guillermo Federico juró vengar á su padre y hacer toda su vida á los franceses una guerra sin cuartel.—En ejecución de ese juramento, fundó el cuerpo de *Húsares de la Muerte*, de legendaria audacia, cuyo uniforme es negro, con el dibujo, delante del kepis, de una calavera blanca, en medio de dos huesos de tibia, cruzados en forma de equis.

—Mil gracias, baronesa, por una explicación tan completa,—concluyó Roberto.—

A las dos de la mañana se terminó aquella aplaudida fiesta, sumamente celebrada por las crónicas de la Prensa de Berlín.

Lydia y Roberto se dieron cita para verse el siguiente día en el teatro de la Ópera.

¿Quién podría definir el punto donde termina la amistad, para dar principio al amor? Serán distintos, por esencia, esos dos sentimientos; ó se confundirán en uno solo algunas veces?

Una cosa está fuera de duda; y es que la amistad es el camino más natural hacia el amor;—pues las pasiones que el simple aspecto de un ser ocasiona, son casi siempre nacidas del instinto brutal de la sensualidad, antes que del verdadero amor.—Generalmente no se ama, sino lo que se estima, y más todavía, lo que se admira.—Tal es el sentido del aforismo de la Condesa Diana, según el cual, es preciso tener que mirar hacia arriba, para contemplar el objeto que se ama.—

Ahora bien: es en el seno de la amistad en donde los seres se conocen, se estiman,—ó se repelen y desprecian.—

Entre Lydia y Roberto nació, desde el primer momento, una amistad profunda, no obstante que el joven, de aire militar, había dejado sin darle á conocer una gran parte de su personalidad.—Lydia ignoraba de él su apellido, su condición de fortuna, su nacionalidad.—

Sin embargo, el día que no se veían, eran desgraciados.—Ella decaía con una gracia ideal, que ese día no podía comer ni dormir.—El propio misterio que, con insistencia, envolvía al extranjero, la atraía irresistiblemente.—

Una vez, al despedirse á las ocho de la noche, dijo Lydia á su amigo:

—He comenzado á bordarle una docena de pañuelos, y deseo conocer sus iniciales para entrelazarlas.—Además, es urgente que me diga cuál es su título nobiliario, para determinar cuantos florones debo ponerle al blasón que va encima de su monograma.

Roberto se sonrió, agradablemente sorprendido por tan dulce intención.—Y comprendiendo que no era posible hacer durar más tiempo la original mentira, replicó:

—Fué una simple broma la que le dije la otra noche, Lydia, en el baile del Canciller: yo no soy noble ni tengo título heráldico de ninguna clase.—

Ella abrió cuan grandes eran sus hermosos, azules ojos, como si estuviera oyendo un absurdo.—Y con visible emoción, preguntó:

—Entonces Ud. es, por lo menos, miembro de alguna Embajada?

—Tampoco, replicó Roberto.—

—En ese caso, agregó ella triunfante, no creo que Ud. no sea noble.

—¿Y por qué motivo?

—Sencillamente, porque sin serlo, ó sin pertenecer á una Embajada extranjera, no habría podido entrar el dos de setiembre á la recepción del Canciller del Imperio.—

—Pues eso se lo explico yo de seguida, contestó Roberto en tono ya de discusión.—Entre las cartas de recomendación que traje á Berlín, venía una de un amigo para el Vizconde de Manneville, Segundo Secretario de la Embajada de Francia en Alemania, y ese señor me hizo invitar.—¿Se da Ud. por convencida, Lydia?

La niña parecía luchar contra la evidencia, resistiéndose á creer una cosa que, manifiestamente, le causaba pena.—Y con un aire escéptico y casi malicioso, terminó:

—Bueno, bueno: hasta mañana.—No quiero que habemos más de eso.

Y en efecto, no volvieron á hablar de ese asunto.—Pero sus citas diarias y sus paseos cordiales no se interrumpieron.—

En amor, dice un adagio, cuando se comienza, se continúa.

Hicieron excursiones instructivas á Potsdam, á Spandau, á Charlottenbourg. Juntos recorrieron los museos, los jardines, las ferias de Berlín.—Navegando solos una noche de luna en las aguas de Treptow, estuvieron á punto de ser hundidos por un barco, el cual caminaba á toco vapor; se salvaron gracias á la sangre fría de Roberto, que se echó al agua, sudoroso y vestido, para detener súbitamente el impulso que él mismo había dado á su bote.—Después de esa aventura, y quizá en recompensa, Lydia decía á su amigo, con voz encantadora:

—Con Ud., yo iría á los infiernos; porque sé que usted me volvería á sacar.—

Una vez—fué un domingo—que el joven se presentó en casa de su amada, para llevarla al teatro, ésta, en la sala y á solas, le manifestó, con cierto aire sombrío, que había resuelto no salir esa noche.—

—Y ¿cual es la causa de esa resolución tan repentina?, preguntóle Roberto con inquietud.—

—Porque tengo que hablarle, contestó la niña,—como impaciente.—

—Pues ya escucho, repuso él, depositando su sombrero.—

Y sentándose ella frente á frente de su interlocutor, le dijo con voz lánguida.

—Hace muchos días que yo hago un severo examen de conciencia: he pensado mucho en la vida, sus tristezas y sus felicidades.—He pensado también mucho en usted y en su misterio.—Me he reprendido con dureza de haber concedido mi amistad, mi cariño, á un individuo que en realidad no conozco.—Pues bien, deseo notificarle el resultado de mis reflexiones y de mis análisis:—á pesar de lo dicho, ó—¿quien sabe?—á causa talvez de lo dicho, he resuelto que Ud. sea el compañero inseparable de mi existencia.—Espero que, esta vez, Ud. me dirá su apellido y su nacionalidad.—Cuando quiera que se celebre nuestro matrimonio?

A la gran sorpresa de la encantadora niña, Roberto contestó:—

—Lo que Ud. acaba de decir, Lydia, es un imposible.—

—¿Será cierto, entonces, lo que yo temía, preguntó ella, que Ud. es casado?

—No.—

—Quizá comprometido?

—Tampoco.—

—Entonces no comprendo.

—Es que soy pobre, replicó el joven.—

—Yo tengo algunas rentas, dijo ella con cierta arrogancia.—

—Pero son, de seguro, insuficientes para el viaje que yo quiero emprender en la vida.—

La niña se quedó pensativa, la mirada fija en el suelo, sin decir nada.—Roberto agregó:

—Además, hay otro motivo.

—¿Cual? interrogó ella con animación.—

—Y es que no soy noble!—

Al oír esa contestación, Lydia se levantó de su asiento, como nerviosa y colérica; y á pesar de que no se habían tuteado jamás, le contestó exaltada:

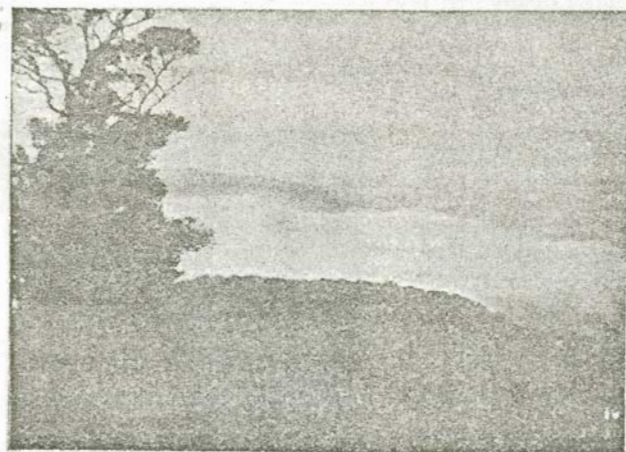
—Mira Roberto: si verdaderamente no lo eres, yo te voy á hacer noble en un minuto.

Dijo, y se arrojó sobre su interlocutor, le tomó la cara entre sus manos rosadas, aplicó sus labios á sus labios, y se quedó temblorosa en el espasmo de un beso interminable!

El Barba

De nuestros tres gigantes vecinos del Norte, imponentes y á la vez temibles, el Irazú es el más majestuoso, el Poás el más interesante, pero el Barba es el más bonito.

Allí no encontramos lagos de fuego, ni riquezas de azufre, ni cráteres de profundidad vertiginosa, pero el turista que afortunadamente ha escogido este volcán como objetivo de su paseo, puede gozar, y gozar con placer indescriptible, de una vegetación salvaje é inmensa, siempre fresca, siempre abundante, desde la región de los pastos hasta la cumbre misma.



Fot. Michaud.

La cumbre del Volcán de Barba

Penoso es llegar á la cumbre del Barba, pero no imposible. Un camino, verdaderamente tallado entre los robles y cedros que allí crecen en toda la desenvoltura de una vigorosa naturaleza, permite al viajero llegar á Bella Vista, y de allí á Santa Cruz, no sin hacerlo tropezar con frecuencia, contra troncos y raíces, y pendientes escabrosas.

Pero qué recompensa al llegar á la cumbre! Bella Vista en verdad! De un lado el Irazú, ya casi envuelto en una inmensa capa de nubes, tal como una isla bañada en un mar de nieve; del otro el Poás, realzado por el sol de la mañana, dorado por sus reflejos. En frente y abajo, los llanos de San Carlos, y los de Santa Clara, atravesados por plateados ríos, se pierden, á lo lejos, entre las nuves de Nicaragua.

G. L. MICHAUD

LA MÚSICA ALEMANA

El gigante concierto de los mundos,
El sólido valiente de la trompa épica,
Y el ritmo, armónico y grandioso
De la máquina inmensa de la tierra.

LA MÚSICA FRANCESA

El canto del amor y los placeres;
El crujido del raso y de la seda;
El *allegro* monótono que entona
La bola de marfil en la ruleta.

MANUEL REINA.

El nido de las aves

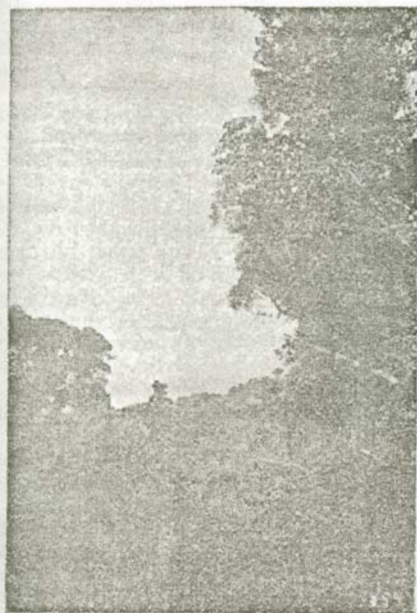
POR A. ALFARO

EL TIJO-TIJO

Este pájaro también conocido con el nombre de zopilotillo, por razón de su color negro uniforme, habita desde las llanuras bajas de ambos mares hasta una elevación de dos mil metros, siempre en los campos descubiertos de bosques y poblados de pastos, en compañía del ganado vacuno. A medida que se talan los montes, y los potreros se extienden por la falda de los cerros, los zopilotillos ensanchan también sus dominios. En los potreros siguen á los bucyes y vacas paso á paso: les cruzan por debajo, ó bien se

paran en el lomo de los animales, y con mucho cuidado les van arrancando las garrapatas, que para estos pájaros deben de ser un bocado favorito. Cuando se les espanta emprenden el vuelo hacia la ramazón más cercana, uno tras otro, y gritando desde el primero hasta el último, tijo-tijo-tijo..... Por las mañanas, ó después de la lluvia se posan en las beju-cadas ó en las cercas, en filas de cuatro, seis y aún más á recibir los rayos del sol; entreabren las alas y se limpian las plumas con el pico, muy tranquilamente.

La longitud de una piel de *Crotophaga sulcirostris* es, por término medio, de treinta y tres centímetros, correspondiendo á la cola más de la mitad, sin que entre el macho y la hembra ha ya diferencias notables. Tiene este pájaro un pico alto, sureado longitudinalmente, y guarnecido por la parte superior de una arista delgada y curba, que termina en la frente; la cola es ancha y redondeada, de plumas negras



Vista en el Volcán de Barba. Fot. Michaud.

que lucen algún brillo metálico de acero, más acentuado aún en las plumas del cuello y de las alas.

Viviendo en familias estos pájaros, las costumbres respecto al modo de anidar difieren de la generalidad de las aves: hay quienes dicen haber encontrado en un mismo nido hasta 25 huevos, y tres pájaros echados á la vez, calentando en pacífica armonía aquel tesoro de la comunidad; otros sostienen que siempre han observado al tijo-tijo, anidando en parejas, como las demás aves. Estas opiniones contradictorias me llevaron, hace algunos años, á observar el caso siguiente: el 20 de Mayo noté, en Alajucla, que uno

de estos pájaros llevaba una ramita seca en el pico y la fué á depositar sobre un arbolito colocado en una cerca de piñuelas, junto con otras tres ramitas, que constituían el comienzo de su nido; una semana después volví al mismo sitio y cual no sería mi sorpresa al encontrar el nido terminado, seis huevos dentro, y siete más, esparcidos entre las hojas de piñuela. Seguramente si aquello no era el producto de una familia en común, la pobre dueña había tenido que poner tres huevos diarios! Comenzada la postura se había abierto un agujero en el fondo del nido y por allí salieron los huevos esparcidos; luego cerraron bien el agujero, con hojas verdes y fresecas, y continuaron poniendo, sin darse por entendidos los pájaros de la pérdida sufrida. Todos los huevos estaban frescos: los seis del nido perfectamente limpios y los que se hallaban entre la piñuela habían cambiado su color blanco mate por un amarillo sucio, con rayas irregulares azules, producidas por las espinas de piñuela al rasguñar la capa calcárea exterior.

La forma de los huevos varía entre la oval y la elíptica, dando dimensiones diversas en los ejemplares de un mismo nido, tales como: $33\frac{1}{2} \times 25$, $33\frac{1}{2} \times 25\frac{1}{2}$, 34×26 , $36 \times 25\frac{1}{2}$ y $32 \times 23\frac{1}{2}$ milímetros.

La estructura del nido es voluminosa y formada de yerbas secas, con un tapiz interior de hojas verdes, cuya fermentación ha de producir cierto calor favorable al desarrollo de la futura prole, calor que se considera necesario si se atiende al gran número de huevos, al tamaño desproporcionalmente grande y al espesor de las cáscaras.

Un nido colectado á orillas del río Torres, el 4 de Mayo de 1904, estaba construido á tres metros y medio del suelo y media en su cavidad interior once centímetros de diámetro en el borde, por cinco de profundidad; tenía 5 huevos solamente, que son los que nos han servido para dar las dimensiones á que hicimos referencia.

El tijo-tijo es para los agricultores un auxiliar gratuito y eficaz; lejos de destruir las bejuccadas y charrales en que estos pájaros ayudan, debieran protegerlos y castigar severamente á los muchachos que con sus flechas los ahuyentan y mortifican.

EL PÁJARO ARDILLA

El pájaro ardilla, así como su pariente el tijo-tijo, es insectívoro y se halla esparcido en todo el país. Su color rojizo, la longitud desproporciona-



Vista
en las montañas
de Barba

Fot. Miehaut

da de su cola y la facilidad con que se desliza por entre las ramazones, le dan cierta semejanza con las ardillas, por lo cual es conocido con el nombre que lleva.

De la familia de los cuculidos es el *Piaya cayana mehleri* la especie más conocida por nuestra gente después del tijo-tijo. Largo, de cuarenta centímetros, tiene un pico afilado y resistente; la garganta y parte superior del cuerpo es de color chocolate, más intenso sobre las alas y plumas de la cola; por debajo es gris ceniciento en el pecho, color que va oscureciéndose en el abdomen hasta adquirir un tinte negro por debajo de la cola, cuyas plumas son escalonadas en tamaño, encorbadas hacia abajo y terminadas en puntas blancas.

La curvatura especial de la cola y de las alas hace que este pájaro ascienda por las ramas de los árboles deslizándose á saltitos; y para trasladarse de un lugar á otro, algo distante, vuela con las alas tendidas á manera de paracaídas, y así se comunica de los árboles más altos con dirección á los más bajos, formando su vuelo la línea de un plano inclinado. Algunos lo conocen con el nombre de bobo colorado, por su carácter apasible, semejante al de los «Momotus.»

Tiene un grito agudo y penetrante que lo denuncia donde quiera. Para anidar elige un lugar oculto, de dos á tres metros de altura, y allí con hojas medio podridas construye su nido, de manera que al colectarlo se deshace con la mayor facilidad, por su poco cuidadosa estructura. Dos huevos de este pájaro recogidos en Alajuela, el 28 de Mayo de 1888, eran de color blanco opaco, sin manchas ni puntos; de forma elíptico-ovalada. Medían, el uno 35 milímetros de largo por 24 de grueso, y el otro 33 por 24.

Dos Viejos Leones (*)

Por acá el monte erguido, la cabeza
Cubierta por la nieve que perdura
En esa abandonada, triste altura
De la dormida y plástica grandeza.

Y allá el fiero volcán, su gentileza
Odio y terror infunde á la llanura;
Ruge en el seno de su entraña oscura
El vigor de su indómita fiereza.

Uno es místico ensueño de poetas,
El otro, de la tarde á los reflejos,
Luce la majestad de los atletas.....

Y en el vasto horizonte, allá á lo lejos,
Miramos destacarse las siluetas
De esos enormes y contrarios viejos.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

(*) Leon Tolstol y León XIII.

Stechetti

Y sus traductores

Quando cadran le foglie é tu verrai
A cercar la mia croce in campo santo,
Yu un cantuccio la ritroverai,
E molti fiori seran nati accanto.
Cogli tu allor pe, tuoi biondi capelli
Y fiori nati del mio cuor. Son quelli
Y cantì che pensai, ma che non serissi,
Le parole d'amor che non ti dissi.

L. STECHETTI.

Quando caigan las hojas y tú vengas
A ver mi cruz en cementerio humilde,
Hallarás en retiro solitario,
Flores fragantes que mi huesa visten.
Para tus blondos rizos, toma entonces
Las que en mi corazón nacieron tristes:
Son los versos no escritos que he pensado,
Las palabras de amor que no te dije.

JACINTO GUTIÉRREZ COLL.

Quando al caer las amarillas hojas
A buscar mi sepulcro te encamines,
Lo encontrarás en un rincón, y en torno
Muchas flores silvestres que lo visten.
Orna con esas flores tus cabellos,
Yo de mi corazón brotar las hice:
Y ellas son mis endechas no cantadas
Y las frases de amor que no te dije.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Del sol poniente á las postreras luces
Sola, enlutada, reprimiendo el llanto,
Mi tumba buscarás entre las cruces
Del mudo y solitario camposanto.
Búscala entre la yerba enmarañada,
Donde á los brazos de la cruz musgosa,
Se enreda la campanula morada
Y al tallo trepa de la blanca rosa.
De mi pecho esas flores han brotado
Y morir en el tuyo han de pedirte:
Que son los versos que pensé á tu lado
Y las ternezas que olvidé decirte!

AGUSTÍN F. CUENCA.

Quando en el triste cementerio umbrío
Busques mi tumba abandonada y sola,
En la hora del crepúsculo sombrío
En que el pálido azul se torna sola;
Ornada la hallarás con flores bellas,
Junto al tapial por el ciprés cubierto,
Do á la trémula luz de las estrellas
Sus pétalos de nieve habrán abierto....
Toma esas blancas flores, virgen mía,
Ellas, tus rizos, pedrirán besarte,
Pues son los cantos que te hice un día
Y de los cuales me olvidé al hablarte.

NICOLÁS SAN MARTÍN

Quando caigan las hojas y tú vayas
Al cementerio, en busca de mi cruz,
La encontrarás en un rincón humilde
Entre magnolias y amaranto azul.
Llévate á tu rubia cabellera de oro
Esas benditas flores de mi amor,
Que en el silencio de la noche triste
Para ti brotará mi corazón.

Esas flores serán aquellos cantos
Que me inspiraste en fusión feliz;
Palabras de pasión que no te dije,
Los susurros de amor que no escribí.

JUAN B. HÍJAR Y HARO

Quando de su follaje despojada
Por el viento sutil la selva umbría,
Vayas acaso al declinar el día
A visitarme en mi postrer morada,
Deja la rica y espaciosa vía
Con mármoles y bronce adornada,
Y en un rincón, de flores circundada,
Mi tumba encontrarás, hermosa mía.
Trende en tus rubias trenzas esas flores
Que de mi corazón habrán brotado:
Ellas serán mis quejas, mis dolores,
Mi poema sentido y no expresado,
Mis dulces ilusiones, mis amores,
Cuanto quise decirte y he callado.

EDUARDO E. ZARATE

Quando caigan las hojas ¡oh bien mío!
Y en mi sepulcro á arrodillarte vengas,
En las tardes fugaces del estío,
Porque piedad de mi aislamiento tengas;
Hallarás entre el césped escondida,
Fresca y risueña y purpurina flor:
Nacido habrá como surgió en mi vida
Obscuro y triste, nuestro mútuo amor.
Nació del corazón que, lacertado,
Siempre vivió con el amor en guerra.
Será el ensueño que forjó á tu lado
En mis horas de amor, sobre la tierra.

J. A. OLIVEROS

Quizá al caer las amarillas hojas
Vertiendo á solas doloroso llanto,
Me llevarás tus íntimas congojas
A mi obscuro rincón del camposanto.
Mil flores hallarás, y si las besas
Y si las prendes en tu pecho, advierte
Que son de amor las últimas promesas
Que entre mis labios sorprendió la muerte.

GABRIEL RUIZ



Paisaje de nuestros bosques

Del templo aquel en las desiertas naves
 — Júpiter, — te decía;
 — ¿A qué me lo preguntas si lo sabes? —
 Tu labio repeta.
 Invisi; tu callaste; yo atrevido
 Redoblé mi deseo;
 Te vi llorar... y dije arrepentido:
 — ¡No lo jures, te creo! :

ANTONIO F. GRILLO.

CHISPAS

El secreto de la dicha
 consiste en tener paciencia,
 y los senderos del mundo
 caminar en línea recta.

¿Eres pobre? Pues trabaja.
 ¿Eres rico? Haz obras buenas.
 ¿Eres ambicioso? Lucha.
 ¿Naciste león? Pues devora.
 ¿Naciste pájaro? Vuela.
 ¿Naciste víbora? Muerte.
 ¿Naciste buey? Come yerba.

M. DEL PALACIO.

Bien sabido es que Pope era un hombrecillo jorobado. Una tarde que estaba en el café de Burton con Swift, Arbuthnot y otros cuantos amigos hojeando un manuscrito griego de Aristófanes, tropezaron con una sentencia que no podían comprender.

Como hablaban bastante alto un joven oficial que estaba junto al fuego oyó la discusión y pidió que le permitiesen ver el pasaje. Oh sí, dijo Pope con sarcasmo, ahora mismo, dejad que este joven lo vea. El joven tomó el libro y reflexionando un momento dijo que solo faltaba un signo interrogante para hacer inteligible el pasaje. — Y me haríais el favor, dijo Pope viéndose ganar de mano por un militar, de decirme qué es un signo interrogante? — Un signo interrogante, contestó el joven con el mayor desprecio, es una figurita jorobada que hace preguntas.

Llamado un cirujano por un caballero que había recibido una ligera herida en un desafío, mandó a su criado que fuese corriendo a su casa por cierto emplasto. El paciente se puso algo pálido y dijo: Por Dios, señor, espero que esto no sea de peligro. — Se corre, sí, señor, contestó el cirujano, el de que si el criado no va pronto, la herida estará sana antes de que vuelva.

Las veinte pesetas de Margarita

Tiene Margarita ocho años; es rubia, con unos ojos picarones, y una sonrisa de ángel en sus sonrosados labios. No siempre es buena, por que todas las niñas, á su edad, aun las mejores, tienen á veces sus malos momentos. No sé que diablillo revolotea en su alrededor inspirándoles la desobediencia, mil caprichos... y ¡cuántas veces le dan oídas y siguen sus consejos!

La mamá de Margarita le había prometido veinte pesetas, una moneda de oro de Alfonso XIII, si era buena un mes seguido.... ¡Un mes! ¡qué largo es! pero una moneda de oro ¡qué bonita! ¡se pueden comprar tantas cosas con veinte pesetas!

Margarita formaba los mejores propósitos: desgraciadamente el diablillo enredaba siempre de modo que antes de finalizarse la primera quincena, ya había perdido las veinte pesetas.

Un hermoso día de invierno—pues los hay aun cuando está tan triste la naturaleza en esta estación del año,—Margarita, que había salido con su mamá, se detuvo de repente ante el escaparate de un bazar contemplándole como en éxtasis.

—¿Qué haces, niña?—le preguntó su mamá, sorprendida de la vivacidad con que se había soltado de la mano.

—Mira mamá, mira que bebé tan bonito.... tan grande.

—Muy bonito, hija mía, pero muy caro.

—¿Cuesta más de 20 pesetas, mamá?—preguntó Margarita con angustia.

—Veinte pesetas cabales.

—Qué alegría, mamá! ¿quieres que lo compre el mes que viene?

No pudo la madre contener una sonrisa.

—Hace más de seis meses que quieres ganar las veinte pesetas que te he prometido... y.....

—Mamá voy á ser muy buena. Ya lo verás. Hasta ahora no había visto este bebé; pero como lo he visto pensaré en él y.....

—Y no pensarás en estudiar bien tus lecciones, en no tener faltas en la escritura....

Mamá, solo pensaré en él cuando vaya á ser mala; y no lo seré: ¿me dejarás comprarlo?

—Ya lo creo, si logras ganar las veinte pesetas. Pero ¿tanto es tu deseo de tener ese bebé?

—Mucho: ya ves, hace tiempo que estoy sin muñecas: Eduardo ha roto las piernas de Pilar para ver lo que había dentro, ha metido á Lola en la pecera, te acuerdas: ¡lloré tanto!

—Y le tirastes de los pelos con todas tus fuerzas.

Margarita cambió de conversación en seguida, porque la avergonzaba un poco el recuerdo; pero no olvidó al bebé que hablaba, andaba.... y costaba veinte pesetas.

Fué buena,—lo que prueba que no es tan difícil serlo durante los treinta días del mes de noviembre.

Por más que Eduardo la hiciera rabiár, no se incomodó lo más mínimo; supo todas sus lecciones y ni siquiera puso mala cara á los estudios de Charpentier.

¡Qué alegría la suya el día primero de diciembre cuando llegó la hora de salir, muy abrigada por cierto, con su mamá!

Llevaba en su manita en un portamoneda azul, que también le regalaron, la moneda de veinte pesetas á tanta costa ganada. Andaba muy ligera, contando con voz un tanto conmovida todos los encantos del bebé.

—¡Con tal que no lo hayan vendido, mamá! ¿qué te parece? No creo que se compren muchas muñecas de veinte pesetas. ¡Cuesta tanto ganar vein-

te pesetas!.. Y te acuerdas, mamá, tiene zapatitos con hebillas de plata níquelada. ¿Podrá mademoiselle, que hace tan bien toda clase de punto de media, hacerle unos calcetines calados? ¡Qué bien le irían sobre sus piernecitas de color de rosa tan regordetas como las del verdadero bebé de tu Anita!

—Margarita, ¡por Dios! ¡no hables tanto! estás sofocada y te pones ronca.

Margarita se callaba, pero Dios sabe los discursos que por lo bajo iba pronunciando para convencerse de que no habrían vendido la muñeca.

Allí estaba el bebé con su pelo rubio y rizado como el de un querubín, metido en una elegante caja. Sus brazos abiertos, sus manitas alargadas parecían llamar á Margarita y celebrar su venida.

Sintió como un desvanecimiento:

Entremos pronto, mamá; ¿quieres?

Pero de repente se detuvo... y su manita nerviosa apretó la de su madre.

Sobre el asfalto duro y frío que helaba sus piecitos, á pesar de las botas forradas y de las polainas de lana que llevaba, había visto sentada ó mejor dicho acurrucada una mujer pálida y delgada apretando en sus brazos un niño tiritando.

El pobre no tenía botitas forradas; unas medias agujereadas,—medias de algodón que sin duda había desechado en fin de verano un niño rico,—dejaban al descubierto sus carnes amoratadas por el frío.

Tanto había llorado de hambre que sollozando aún se quedaba dormido, y la madre abrigaba como mejor podía en los pliegues de un mantón desteñido y deshilado su cabeza pálida y su débil pecho del que se escapaban entrecortados suspiros. Más aun que el niño quizás, movía á compasión la madre. Adivinábase en su rostro escuálido que del poco alimento que la caridad le proporcionaba la mayor parte era para su hijo: en sus ojos húmedos, cuyo brillo revelaba una calentura lenta que devoraba á la pobre madre, se habían agotado las lágrimas y se retrataba la más cruel desesperación.

—¡Por Dios, mamá!

Margarita no supo, no pudo decir más: sentía la garganta apretada por la emoción.

Su madre conmovida también ante tanta miseria interrogó con cariño á la pobre mujer.

Su relato no pudo ser más triste ni la causa de su situación más sencilla.

Un año hacía que se había quedado viuda. La enfermedad de su marido, que fué un buen obrero, había consumido todos sus ahorros, y al tener que criar á su hijo le era difícil encontrar trabajo bastante seguido para subvenir á las diarias necesidades. No sabía pedir limosna, y mucho menos mandar á su hijo que alargara la mano para pediría... Llevaban dos días sin pan, y aquella noche la pasarían á la intemperie, pues el casero los había echado á la calle... ¡le debían tanto dinero!

—¿Cuánto?—preguntó con pavor Margarita, cuya mano apretaba la seda azul de su bolsillo.

—¡Ay! señorita, una cantidad enorme para mí que ya ni tengo fuerzas para trabajar... ¡veinte pesetas!...

La niña no pudo articular una sola palabra; miró á la pobre mujer y á su niño cubiertos de andrajos, miró el magnífico bebé metido en su caja forrada de sedas y encajes; luego se acercó á su madre que tampoco decía nada, pero cuyo corazón latía con violencia. El niño se había despertado: también tenía cabellos rubios que caían en ondas sobre sus espalditas, pero ¡qué tristes sus ojos, qué pálidos sus labios, qué escuá-

lidas sus mejillas! Miró á Margarita con sorpresa, casi con espanto... con ese recelo con que miran los pobres tantas veces rechazados... Maquinalmente alargó la mano al manguito de pluma que llamó su atención, mas retiróla precipitadamente, y contrayéndose su rostro de dolor:

—¡Pan, pan!—balbució el pobre;—mamá, Pedro tiene hambre.

¡Cuán desgarrador es el grito del hambre! Margarita no dudó un instante más, atrajo á sí á su madre y con voz entrecortada le dijo al oído:

—Mamá, mamita, ¿me permites dar á ese pobrecito mi moneda de veinte pesetas?

Tan turbada estaba que apenas podía contener su madre las lágrimas.

—¿Y el bebé que querías comprar?—preguntó en voz baja á su hija.

—No podría quererlo, no podría ser nunca mi *verdadero hijo*,—contestó ingenuamente Margarita—siempre estaría viendo este pobre niño, con los ojos apagados, y al que habria dejado sufrir pudiendo causarle tanta alegría. ¿No me has dicho que el niño Jesús habia sido pobre, que habia sentido frío, y que queria mucho á los niños que se compadecían de los pobres? Déjame dar gusto al niño Jesús.

—Escucha, Margarita,—dijo la madre llevando aparte á su hija, mientras la pobre seguía esta conversacion reflejándose en sus ojos hñ medos un rayo de esperanza—escucha, Margarita, muy hermoso es hacer el bien, pero no hay que dejarse llevar por una impresion pasajera, y lamentar luego el haber hecho el sacrificio. Quieres aliviar la desgracia de esta pobre madre, pero ¿te has hecho cargo de que tu generosidad te va á privar de un juguete tanto tiempo deseado? Te advierto que no tendrás otras veinte pesetas, que yo no he de comprarte el bebé. ¿Quieres sin embargo hacer esa caridad?

La voz de la madre era algo trémula.

Margarita alzó sus grandes ojos cuya pureza velaban dos gruesas lágrimas:

—Si mamá, lo quiero siempre.

¿Se arrepintió alguna vez de no tener el magnífico bebé? No lo creo; pues la alegría que proporciona la caridad, la satisfaccion de ver asomar la sonrisa en rostros que llevan impreso el sufrimiento son goces, que mucho se asemejan á los del cielo.

Tened siempre á mano un velo de caridad para cubrir con él los defectos del prójimo.

CARDENAL DONNET

Sabio es el que sabe cosas útiles y no el que sabe muchas cosas.

∴

Observa el método de más útil y la costumbre te lo hará el más agradable.

∴

Aprende temprano el arte de hacer dinero, siendo económico.

∴

Resuélvete á no ser pobre: cualquiera que sea tu renta, haz que tus gastos sean menores que ella.

Marina

Chacón

De la distinguida sociedad de Alajuela forma parte la simpática señorita Marina Chacón, con cuyo retrato adornamos el presente número de *Páginas Ilustradas*.

Por su carácter amable y sencillo; por su expresión modesta y atrayente, la señorita Chacón se capta las simpatías de todas las personas que la tratan.

Al honrarse publicando su retrato, esta Revista envía á la señorita Chacón un atento y respetuoso saludo.

••

* * Teniendo necesidad de dar salida á mucho material de lectura listo para imprimir, nos hemos visto obligados á poner en la presente edición menor número de grabados que el acostumbrado.

En ediciones próximas ofrecemos á nuestros numerosos favorecedores material muy importante en el ramo de fotograbado.

De Ezequiel Jiménez y de Leandro A. Cimas tenemos en cartera trabajos variados y muy divertidos.

* * Señores don Angel María Sánchez, Cartago; don Eladio Calvo, Alajuela; don Dagoberto Chinchilla, Esparta; don Gerardo Alfaro, San Ramón; don Joaquín Bonilla G., Aserrí, y don Anastasio Villar, Liberia.

Esta empresa da á ustedes las más expresivas gracias por la cumplida remisión de fondos y por la activa propaganda que hacen en favor de ella.

* * A los esposos Fernández-Leiva, así como á nuestro apreciable amigo don Manuel Leiva, presentamos nuestras manifestaciones de condolencia, por el fallecimiento de la niña Marta Fernández, ocurrido en la semana pasada en esta capital.

* * *El Heraldó del Istmo* se titula un quincenario ilustrado que se publica en Panamá.

Es director-proprietario el señor don Guillermo Andreve.

Publica material variado y escogido.

Enviamos nuestro saludo al colega panameño.

* * Unánime ha sido la opinión de la prensa nacional en favor del bello libro de poesías *Orquídeas*, de doña Rosa C. de Chavarría.

Celebramos muy deveras el triunfo de la inteligente y laboriosa escritora costarricense.

* * Mucho está llamando la atención del público el segundo número de la importante Revista *Vida y Verdad*.

* * Suplicamos encarecidamente á aquellas personas que no reciban la Revista se sirvan manifestarlo á la administración, para tratar de remediar el mal.

* * El día último del presente mes tendrá lugar el escrutinio final del Certamen de *Páginas Ilustradas*.

Nótase mucho movimiento en los interesados en el Certamen.

Están en circulación más de siete mil cupones.

ADMINISTRADOR, *Alberto Medina*

Imprenta, Litografía y Encuadernación de la Librería Española

← DE →

← **MARÍA V. DE LINES** →